

# En la línea del cielo

Los siete habitantes de Santa Marina cuentan cómo se vive en el pueblo más alto de La Rioja, en uno de los entornos más despoblados de la Comunidad

Santa Marina es una atalaya natural para contemplar toda la sierra de las Alpujarras riojanas.

Texto y fotografías: **Ch. Díez**

**Son los siete riojanos que más cerca viven del cielo; no porque Santa Marina sea el pueblo con mayor altitud de La Rioja (1.243 metros), que lo es, sino porque el paraíso, de existir, debe parecerse mucho. A 45 kilómetros de Logroño y a 12 del municipio habitado más próximo (Robres del Castillo), Santa Marina fue de los pocos pueblos de esta sierra -llamada con acierto las Alpujarras riojanas- que no se despobló en el proceso migratorio que afectó a casi un centenar de aldeas en los años 50 y 60. Una migración que Julio Llamazares, el autor de *La lluvia amarilla*, denomina "genocidio cultural" porque en esos puñados de ruinas quedó sepultada una forma de vida genuina a la que desde aquí queremos asomarnos. Si nos lo permiten sus últimos testigos: Benito, Rosario, Felipe, José Luis, Marino, Clemente y Pablo.**

A Benito le he robado una foto que él me negaba. Decía: "házsela a las cabras, que son más guapas que yo". Pero no me pude resistir. Tras una corta y agradable charla, en el momento que se dio la vuelta, con el tapabocas al hombro y el bastón en la mano, los perros a su zaga, enfiqué, disparé y pensé: "Lo siento,

Benito". Pero lo que de verdad sentí fue no poder retratar su cara, redonda y rosácea, con los ojos pequeños y claros, ni su forma de apoyarse en la vara, con las manos cruzadas y su menudo cuerpo descargado sobre ellas, ni su semblante risueño aun cuando hacía conjeturas de futuro, ni su gesto despierto al mirar el

horizonte poblado de estepas, y robles todavía dormidos.

Benito me cuenta que tiene 200 cabras y que todos los días se echa un bocado al morral y se va al campo hasta que cae la noche. "¿Y hoy hasta donde va a ir?", pregunto. "Pues no sé, hasta que las cabras se cansen. Hasta allí, seguramente", dice señalando con el cayado el monte de enfrente. "Un buen paseo", comento. "Vaya", contesta. "Y no se encontrará con nadie", le digo. Ante la evidencia, responde: "Con nadie, aquí no ves un alma en todo el día".

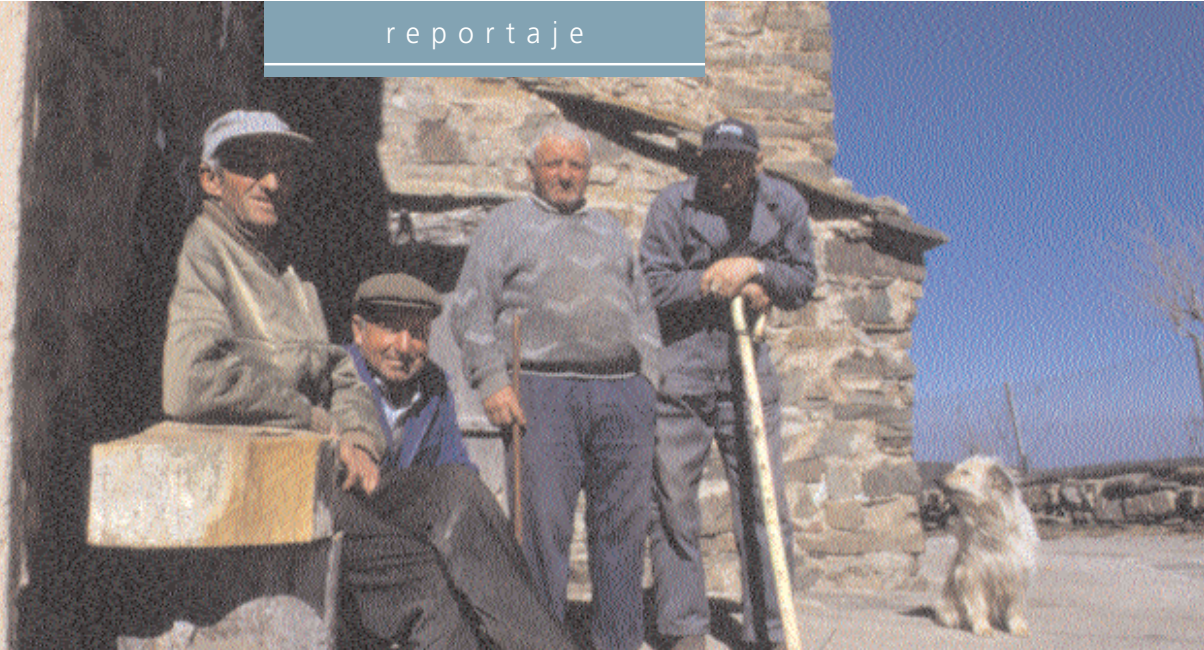
-¿Y no echa en falta a la gente?

-Sí, sí se echa en falta.

No lo dice por decir, aunque haya pasado media vida en soledad. En Santa Marina viven a diario siete habitantes, que componen tres familias de hermanos, todos solteros y todos rondando los sesenta, unos años arriba, unos abajo. Sólo una mujer, su hermana Rosario, la única a la que no retrato, ni de espaldas. Se ha ido a Logroño a pasar el día. Pero a Rosario la encontré hace dos años y la imagino



A José Luis, Pablo, Clemente y Marino se les ha ido la mañana vacunando el ganado.



como entonces: en medio de una era desgranando alubias y con las gallinas de plumaje rojizo picoteando a su alrededor. Ajena al resto del mundo y con el resto del mundo a sus pies.

Deshago lo andado, un kilómetro campo a través salpicado de estepas y eras esparcidas de lajas. En el horizonte, pequeños tejados enlosados agujerean el cielo. Sólo una línea quebrada, una línea de piedra, silueteada en el cielo o garabateada en la tierra, como se prefiera.

Santa Marina es una excepción a todas las reglas que la naturaleza (y la mano del hombre) ha ido imponiendo en el medio siglo pasado en una de las zonas más asoladas y olvidadas de la sierra riojana. 140 kilómetros cuadrados para una decena de aldeas en las que no quedó un alma para cerrar la cancela ni desempolvar los recuerdos. Por eso sorprende encontrar en esos parajes un pueblo que desafió a su destino y se empeñó en sobrevivir aun sin ningún porvenir.

## Faltan palabras

Son tan pocos los que quedan para contarle que quiero que me cuenten por qué se quedaron. Sospecho que muchas veces se han hecho esta pregunta para sus adentros porque cuando la formulo, tras algún merodeo, todos se encogen de hombros, miran al cielo y seguramente piensan, como John Berger, "si se pudiera dar un nombre a todo lo que sucede sobrarían las historias (...) La vida suele superar a nuestro vocabulario. Falta una palabra y entonces hay que relatar una historia". Por eso busco en cada rostro una historia y me encuentro con Felipe Barrio, el hermano de Benito, que acaba de volver de la huerta de sembrar unas patatas y me siento a su lado, sobre un tronco que hace de poyo, y espero que me cuente qué vida hace en este pueblo, en qué mata las horas, cuáles son sus preocupaciones... Pero, como siempre, primero merodeo y luego hablamos del tiempo, de la miel de las colmenas y de un amigo común que nos dejó hace muy poco. Y veo en su pupila la esperanza de vivir días mejores, pero también la añoranza de los que ya han pasado. Felipe fue uno de los vecinos a los que vieron partir los que se quedaron. Como a muchos hombres de esta sierra, la mili le acercó a otros paisajes. "Muchas veces se comete cada error. Estuve trabajando en Logroño lo menos quince años, pero la empresa cerró, estaban mis hermanos aquí y me subí con ellos. Cometí un grandísimo error..." ¿Qué echa en falta de la ciudad?, pregunto. "No es que eche en falta nada, es que es otra forma de vivir. Trabajas el doble de horas que aquí, eso sí, pero te relacionas con la gente, hablas con unos y con otros. Esto es duro, es un pueblo muy aislado...

La verdad es que no sé cómo la gente se aclimató a estar de quieto aquí, no lo entiendo".

Y es difícil de entender porque, cuando Felipe se marchó, Santa Marina, como Reinares, Oliván, Valtrujal, Dehesillas, La Santa, El Collado, San Vicente o Ribalmaguiño... estaban comunicados con el resto del mundo a través de caminos de herradura, se iluminaban con lámparas de petróleo y todos bebían y se lavaban con el agua que manaba de la única fuente del pueblo. El éxodo masivo dejó tras de sí un amasijo de ruinas en los carasoles de estos montes transfigurados por una virulenta repoblación forestal hasta los años 80. Algunos de ellos, como San Vicente, Zenzano, San Martín y Santa Cecilia, más cercanos al valle, no han llegado nunca a despoblarse y su recuperación está siendo más fácil. Otros, como El Collado, han partido de cero para tomar forma de nuevo. Los más, quedaron a merced de saqueadores de memorias y excursionistas del *souvenir*.

Íñigo Jáuregui, antropólogo y buen conocedor de los males -y las virtudes- de esta Sierra, nos habla (Piedra de rayo, nº 2) de sus singularidades, añadiendo a lo que ya se ha dicho: "el magro rendimiento de los labrantíos, la coexistencia histórica de la agricultura y la ganadería estante -jamás ha habido trashumancia- con los usos forestales, la escasa presencia de artesanado, la falta de servicios esenciales y la agonía demográfica presente". Y sigue: "Todas las circunstancias anteriores han contribuido a la preservación, hasta hace pocas fechas, de prácticas agrarias y socioculturales largo tiempo extintas en el resto de la Comunidad, y al mantenimiento de un medio natural

Felipe Barrio, tras volver del huerto de sembrar unas patatas.





cuya potencialidad paisajística y recreativa está por explotar”.

Y es cierto, quizá sea la cabecera alta del Jubera la más desconocida para el turismo rural ya que ni hay infraestructura ni vende titulares en prensa, a no ser unas piedras de molino que se encontraron por allí, a las que los hombres de estas tierras no habían dado importancia en años. Tiene poco que ofrecer para los que gustan de senderos señalizados, obras monumentales o historias fantásticas de tiempos pretéritos; pero mucho, muchísimo, para los que añoren la naturaleza sin fecha de caducidad, con pequeños tesoros que hay que buscar.

## Puzles de piedra

Sigo buscando historias en este pueblo de sueño, en el que casas y corrales tienen el mismo aspecto, con tejados de lajas y paredes levantadas como puzles de piedra. Y me acerco a Pablo García, que me sonríe inquieto y me abre la puerta de su casa y me conduce por una escalera en penumbra a la cocina y allí encuentro a Clemente, su hermano, y a José Luis y Marino Domínguez, sus primos. En torno a la lumbre, sentados en bancas, los cuatro atienden al veterinario que, tras algunas instrucciones -“hay que hacer esto o aquello”-, repite constantemente: “como ya te dije...”. Y Pablo, harto ya de ir y volver con libros, prospectos y papeles, suelta de repente: “cada ganadero debería tener un secretario para rellenar tantos papeles”. Y no le falta razón porque para tener todo en regla hay que escribir un diario de cada animal y él tiene 200.

Como en faenas ganaderas andamos y por seguir el hilo de la historia les comento que me extraña que en este pueblo de sierra, con pasto abundante y poca competencia, nadie tenga vacas y que he visto unas cuantas pastando al lado de la carretera, a pocos kilómetros del pueblo. “Serán de los de Robres -me dice Marino-. Nosotros hemos tenido unas pocas y hace unos años [el de las vacas locas, me había dicho Benito] quitaron la única vacada que había en el pueblo. Es que aquí el invierno es muy duro, entra en noviembre y no se va hasta mayo.



Desde hace 15 años, las placas solares forman parte del paisaje del pueblo.



Benito Barrio se aleja en busca de su cabrada.

Tienes que echarles mucho de tiempo en el campo y hay que tener un buen corral para meterlas. Aquí, lo que mejor se cría es la cabra”. “Pero las cabras y las ovejas dan mucho trabajo y hay que estar pendientes de ellas todo el día”, les digo. “Sí, son más esclavas, pero es que aquí tiempo es lo que nos sobra”, contesta Clemente.

Como familias, en Santa Marina hay tres rebaños, dos de cabras y uno de ovejas, cada uno de 200 cabezas, al que dedican sus días, parte de sus noches y algún quebradero de cabeza. “Ahora tenemos un problema, pero grande”, dice Marino. “Cuénteme”, le animo. “Antes teníamos un tanque en Robres para echar la leche y ahora nos lo han quitado”. “¿Y qué van a hacer ahora?”. “Pues no sabemos. Es que tener las cabras y tirar la leche no es plan. Con la leche sacábamos

para mantener la casa. Sólo con los cabritos no nos sale rentable”. “¿Y a dónde van a llevar la leche ahora?”, insisto. “¿Pues a dónde la vamos a llevar?, a ningún sitio”, dice Clemente dando el tema por zanjado. Como no parece prudente seguir insistiendo en el presente, echo la vista atrás y pregunto cuántos vecinos había antes en el pueblo y desde cuándo se alumbran con placas solares. Y ahora el que habla es José Luis, el hermano de Marino, que ha escuchado a unos y a otros resguardando su mirada bajo su visera desteñida: “Yo he conocido a nueve vecinos, unos sesenta habitantes”. Al ver mi cara de sorpresa, continúa: “Es que aquello era otra cosa, en cada casa vivían de 6 a 8 personas. Cuando éramos chavalitos estaba este pueblo muy animado. Íbamos a la escuela a El Collado los de Reinares, Bucesta y Santa Marina.





Casas de piedra con tejados de  
lajas se alinean en la única calle  
que atraviesa el pueblo.

Íbamos a pie y en el camino teníamos una piedra que nos servía de reloj. Dependiendo de donde hacía la sombra sabíamos si íbamos tarde o no". José Luis recuerda hasta el nombre de la maestra, doña Dionisia, la única que ha tenido en su vida porque a los catorce años ya había aprendido todo lo que los libros le podían enseñar.

"Y cuándo se iban yendo los vecinos, por qué se quedaron ustedes", les pregunto por si acaso unos recuerdos van hilvanando con otros y podemos tejer otra historia. "Nos quedamos por esperar un poco, a ver qué pasaba..." (Marino) "...y lo que fue pasando fue el tiempo..." (Pablo) "...y con el tiempo nos hemos quedado siete" (José Luis).

## El día a día

Que el sol es energía bien lo saben en este pueblo, que no recibe más electricidad que la que les proporcionan las placas solares que cada casa tiene instalada en su tejado de lastra. Porque a Santa Marina no llega el tendido eléctrico -"costaría una millonada", dijo Felipe- y tampoco lo echan en falta: "pusimos las placas hace quince años y la verdad es que van bastante bien. Tienen unos acumuladores y

puede funcionar cualquier electrodoméstico, menos el frigo, que es de butano".

-¿Y quién les trae el butano?

- El panadero lo suele subir, una vez a la semana.

- O sea, que están acostumbrados a comer pan duro.

- Ya lo creo que sí.

- ¿Y el médico?

- El médico viene el primer miércoles de cada mes y si tenemos alguna urgencia vamos a Robres o a Murillo. Ahora, si te pones malo, viene sin poner pegas. Por eso no nos podemos quejar.

- ¿Y misa, tienen misa los domingos?

- La única misa segura es la del día de la fiesta. Los demás días, cuando le parece al cura.

- ¿Y teléfono?

- En el 88 nos pusieron el teléfono. Tenemos un repetidor que nos manda la señal desde Murillo.

- ¿Y lo del móvil no les convence?

- Tenemos también. Nos viene bien para cualquier emergencia si estamos en el campo o se estropea alguna cosa. Pero es bien caro, ¿eh?

Puestos a preguntar sobre cosas cotidianas, les pregunto si ven la tele y qué programas les gustan. Felipe ya me ha contado que le gusta el fútbol y la pelota, que las novelas no le dan quebradero de cabeza y que por las noches se entretiene con Sardá. "Pero cuando va mal tiempo no podemos estarnos mucho porque las baterías se descargan". "Yo, desde luego, el telediario no me lo pierdo ningún día", dice Clemente. "Y los toros", añade José Luis. "Sí, también nos gustan las corridas de toros", corrobora Clemente.

Hablando del día a día, me pregunto cómo se ve el resto del mundo -dejémoslo en Logroño y los pueblos del valle- desde esta atalaya natural y me doy cuenta

de que cada uno otea el horizonte desde diferentes perspectivas. Pablo, el más joven de la saga, cuenta que va a Logroño algún fin de semana, que se junta con conocidos y se acercan a la calle Laurel "a pasar un ratito"; lo de las salas de fiestas, añade, "nos pilla ya muy mayores". "La gente sube más que bajamos nosotros", agrega Marino. "Aquí todos los días tenemos visita". Les comento que ahora, con el nuevo albergue que van a construir, tendrán más visitas, más gente con la que hablar, más curiosos a los que contar historias. Porque me he dado cuenta que a la gente de este pueblo le gusta la otra gente aunque lo de contar su historia, es otra historia. "Está bien que hagan el albergue para los que vienen de fuera, que tendrán donde cobijarse, y para los del pueblo, que podremos juntarnos algún día si queremos", dice Pablo, que es el alcalde pedáneo. Pero su hermano Clemente, un poco inconformista, le replica: "Yo creo que ya puestos deberían hacer un servicio de bar, para el que quiera echarse un café y una copa". "Pero hombre, Clemente, eso no es rentable", le contesta el hermano. "Ya sé que no es rentable, pero uno que viene por aquí, tú me dirás, un domingo o un día cualquiera, que menos que pueda tomarse un café, una copa o lo que sea. Eso es lo que veo yo en todos los sitios por lo menos".

Pasadas las dos y media damos por zanjada la charla y les invito a salir a la puerta de casa para inmortalizar el momento. Posan obedientes; pero al despedirme, Marino me dice: "voy a sacar las cabras para que les haga también una foto". Y pienso en Benito, que habrá llegado ya a lo alto del monte.

Tres vecinos y tres rebaños componen el censo del pueblo con mayor altitud de La Rioja.

